



La relación entre literatura y memoria histórica

Entrevista con Bashkim Shehu

JORDI DE MIGUEL

Periodista

DOI 10.5565/rev/tdevorado.199



Bashkim Shehu (Tirana, 1955) habla con una serenidad chocante sobre su vida, a la luz de lo que cuenta. Su padre, Mehmet, era el segundo de Enver Hoxha, el dictador que gobernó Albania con mano de hierro desde 1944 hasta su muerte en 1985. Paranoico y adepto a los métodos estalinistas, Hoxha efectuaba purgas periódicas en el Partido del Trabajo, una de las cuales acabó con Mehmet Shehu, su primer ministro durante casi tres décadas: en diciembre de 1981 se suicidó de un tiro en el pecho, según la versión oficial, una muerte que desde entonces ha dado lugar a todo tipo de especulaciones..

En la Albania de Hoxha, la caída en desgracia de un jerarca arrastraba a toda su familia, así que los Shehu, incluido Bashkim, fueron detenidos. Bashkim pasó por varios confinamientos en pequeñas aldeas y dos cárceles albanesas hasta su liberación definitiva en 1991. Desde 1997 vive en Cataluña y ha publicado varios libros: *Confesión junto a una tumba vacía* (Península, 1998), *El último viaje de Ago Ymeri* (Meteora, 2001, también en catalán) y *Angelus Novus* (Siruela, 2005), entre otros.

- Si te parece, Bashkim, empecemos por la lectura. ¿Cuáles fueron los primeros libros que te impactaron en tu juventud?

Eran en inglés y en francés. Recuerdo leer *La metamorfosis* de Kafka en francés, regalado por un amigo. Al cabo de un año leí los *Diarios* y algo más tarde, *El proceso* y *El castillo*, estos dos en inglés. Camus, Sartre, Joyce, Beckett, Thomas Mann y Solzhenitsyn también fueron importantes para mí. Y los teníamos en casa.

-¿Tus padres leían mucho?

Mi madre leía literatura política, sobre todo a los autores llamados “revisionistas”, es decir, no estalinistas. Trabajaba en una escuela del Partido y los podía leer, pero no para enseñarlos, sino para criticarlos. Los estudiaba para atacarlos desde una perspectiva estalinista. Mi padre era poco permisivo con mis lecturas, porque veía en mí tendencias sospechosas: yo leía a autores neomarxistas, existencialistas, freudianos..., los considerados “peligrosos”.

- ¿Qué literatura se enseñaba y leía en Albania antes de Hoxha?

En la escuela estaban la literatura albanesa, que empieza la diáspora en Italia con el Romanticismo, y también la literatura internacional, de Homero a Tolstói. En aquella época Albania tenía una vida literaria de tipo europeo. Había círculos y cafés literarios, se leían revistas y crónicas. En las noticias internacionales podían aparecer la muerte de Paul Valéry o un estreno de Eugene O'Neill en Nueva York. Los únicos autores soviéticos que se estudiaban eran Gorki, Mayakovski y alguno más que ha quedado olvidado. En 1944 se instauró la doctrina comunista y hubo un corte definitivo.

- ¿Cómo funcionó la censura a partir de entonces?

No había una institución que se dedicase abiertamente a la censura, sino dos editoriales literarias propiedad del Estado, una de literatura artística y otra de literatura política. Allí los funcionarios hacían informes sobre cada futura publicación según las consignas del Partido. Cuando dos o tres reseñas eran positivas, el libro pasaba a un redactor, luego al jefe de la redacción y finalmente a la dirección de redacción. Pero eso oficialmente no se llamaba censura, sino que eran redactores, así que el control se ejercía desde la propia editorial. Si algún libro se publicaba y luego era criticado, había consecuencias. Algunos editores perdieron el trabajo o fueron expulsados del Partido.

- Tú empezaste tu carrera profesional en el cine, ¿verdad?

Sí, me licencié en literatura y, con 24 años, entré en Nueva Albania, los estudios de cine que tenía el Estado. Éramos a la vez guionistas y editores: teníamos que escribir guiones, traer guiones externos y discutir los que traían otros autores. Hablábamos sobre lo que valía y lo que no valía, sobre lo que había que cambiar... La censura era más fuerte en el cine que en la literatura por ser un arte visual, con más difusión y público.

- Supongo que la posición a la hora de discutir esos guiones también estaba determinada por lo que le podía ocurrir.

No se debían traspasar ciertas líneas, pero tampoco quienes traían guiones se atrevían a hacerlo. Y ahí estuve trabajando hasta que sucedió todo.

- La caída en desgracia de tu padre.

Sí. En la Unión Soviética, los ciclos de purgas se cerraban con la cabeza del jefe de la policía secreta: Stalin liquidó a uno tras otro. En Albania, desde 1948 hasta 1981 no había rodado la cabeza de ningún alto cargo. Entre el 81 y el 82 rodaron tres de golpe. Ministros y exministros.

- ¿Toda la familia fue condenada de inmediato?

135

No, primero nos confinaron en un pueblo para hacer trabajos forzados. En menos de tres semanas detuvieron a mi madre y a mi hermano. A mí me detuvieron al cabo de seis meses y me mandaron a prisión. Estuve primero en la cárcel de Burrel, que es donde pasé más tiempo, luego confinado en el sur de Albania y luego en el penal de Spaç. Este último tenía tan mala fama que, en aquel tiempo, el régimen ya iba a cerrarlo. De hecho, fui de los últimos en salir de allí, en 1991.

- ¿Fue en la cárcel donde empezaste a escribir?

No, ya había escrito antes, aunque no mucho: relatos y una novela que no llegó a publicarse por todo lo que sucedió. En la cárcel escribía con lápices o bolígrafos en un cuaderno de preescolar y luego lo pasaba a limpio en un bloc. Todo lo comprobaba allí mismo. Escribí cuentos breves y también largos, en total unas 200 páginas. Para sacarlos de allí, tenía un amigo que estaba encerrado en otra celda. Aunque teníamos prohibido encontrarnos, en el almacén de ropa y alimentos no había vigilancia, así que lo utilizábamos como nuestro "buzón secreto". Cuando uno de los dos iba a salir de la cárcel, discutíamos qué textos era seguro que se llevase.

- Mencionas que, en algún momento, dada la censura y la presión que había fuera de la cárcel, uno tenía más libertad para escribir dentro de ella.

Fuera, la censura no solo era política, sino también formal. Si olían algo de modernismo o de simbolismo, esas cosas se tachaban. También las escenas macabras, el erotismo, la mitología, los sueños, todo lo que se podría llamar el hermetismo difícil de digerir, el hermetismo intelectualista. La literatura tenía que ser sencilla, transparente, comprensible para el pueblo. Y con las formas del siglo XIX. En cambio, en la cárcel solo se fijaban en si había algún mensaje abiertamente político.

- Pero igualmente existían filtros de censura.

Cada dos semanas había un control. Nos hacían salir de la celda y revisaban la ropa, las pertenencias y los sacos, por si teníamos algo escondido. Si encontraban algún texto, lo llevaban al responsable de los servicios secretos en la cárcel, que era quien decidía. A veces te podían condenar aunque no hubiese nada subversivo y otras, con algo subversivo, no ocurría nada. Está el caso del que más tarde sería diputado y presidente del Parlamento, Pjetër Arbënor, que pasó 28 años en la cárcel. Había escrito una novela con historias de amor entre jóvenes. Le cayeron 10 años por eso.

- ¿Solo por eso?

Había sido condenado a 25 años y, ya dentro de la cárcel, le condenaron a 10 años más. En cambio, le encontraron otros manuscritos que sí eran subversivos, pero con esos no pasó nada, porque los había disfrazado como si fueran traducciones de obras extranjeras. Por ejemplo, tenía una historia del nazismo supuestamente escrita por una autora alemana, pero la represión en la Alemania nazi podía leerse como si fuese Albania. Los servicios secretos le dijeron: “¿Por qué no te dedicas a traducir a esta autora y a escribir novelas como ella?”.

- ¿Qué pasó con la literatura en Albania desde principios de los 90?

Empezó a abrirse poco a poco. En algún artículo sobre la apertura se habló de Proust, de Picasso, y luego empezaron a publicarse cosas. Por ejemplo, en un semanario literario se publicó un fragmento de La condena de Kafka, del Archipiélago Gulag de Solzhenitsyn. Esto era en diciembre del 90, cuando ya se había legalizado la oposición.

- Tú te vas a estudiar a Hungría en el 93, en el 95 vuelves a Albania y te encuentras con la crisis de las pirámides financieras y un nuevo estallido de violencia..

Sí, y en el 97 vengo aquí, acogido por el Parlamento Internacional de Escritores. Me atraía vivir en una gran ciudad del Mediterráneo. No tenía ningún contacto e íbamos a estar solo un año, pero los escritores e instituciones culturales nos

acogieron muy bien, así que decidimos quedarnos. El primer libro que publiqué aquí fue Confesión junto a una tumba vacía, una novela autobiográfica o, como dice Javier Cercas, una novela de no ficción.

- ¿Cómo ha cambiado el panorama editorial en Albania?

Cuando se permitió la empresa privada, empezaron a abrirse editoriales que eran pequeñas, pero con el tiempo cuatro o cinco de esas se han hecho grandes. Las llevan gente de mi generación o mayores. Luego hay editoriales pequeñas que hacen cosas buenas y las dirige gente más joven.

- En qué términos se plantea la cuestión de la memoria histórica en el país?

Ahora se habla mucho de la memoria histórica, de memoria y literatura, pero tengo la sensación que se hace de manera superficial, sin entender bien el asunto. Como si fuera el deber de la literatura hablar sobre ello, cuando la relación es más compleja y no tan evidente. También los medios, en general, han trivializado la mirada respecto al pasado. Lo presentan como sensaciones del día, sin ponerlo en contexto ni analizarlo. Eso es comercializar el pasado.

- ¿Pero existe una promoción de la memoria histórica desde las instituciones?

137

El primer ministro actual, Edi Rama, tiene sensibilidad desde joven, porque era pintor y enseñaba en la Academia de las Artes. Cuando empezó el movimiento democrático, estaba muy activo. Rama tiene la voluntad política de sacar a la luz cosas del pasado, pero no depende solo de él. Sigue habiendo muchos intereses ocultos en la sombra. Es posible que el Gobierno sufra muchas presiones de gente vinculada a la época anterior.

- ¿Todavía tienen fuerza suficiente?

Para presionar sí, para intimidar u obligar a la autocensura no creo. Pero sí tienen voz y salen en los medios, que les dan espacio. No es porque tengan ningún cargo o influencia, sino porque salen en televisión y los periódicos quieren vender. Quieren que esa gente salga en los programas para luego poner anuncios. Eso no es una victoria del comunismo o, si lo es, es una victoria post-mortem del comunismo a través del capitalismo.